

EDITORIAL

EMPRESA BASICA

Comentábamos favorablemente en un editorial anterior la nueva Ley general de Enseñanzas Técnicas. Por fortuna son muy numerosas las iniciativas que en estos meses se vienen sucediendo en torno a las enseñanzas técnicas y profesionales y aun a todas las instituciones de enseñanza en general.

Acaban de clausurarse con éxito en las Universidades Laborales diversos Cursos de Capacitación Social, destinados a completar y aun, en cierto modo, anticipar los frutos de esos cuatro grandes centros de formación, cuyo pleno rendimiento no puede menos de exigir todavía algunos años. Otro éxito se ha registrado en los Cursos de Formación Acelerada de equipos obreros, que han mostrado la excelente calidad de nuestros hombres cuando se les somete a una pedagogía y a una técnica adecuadas. Se habla de extender a la agricultura y a sus peones, más necesitados todavía que los de la industria, una formación correlativa, en consonancia con sus características peculiaridades. En un plano superior se van difundiendo los cursos de racionalización del trabajo, de Relaciones Humanas, de administración y dirección de las empresas. Y si de las enseñanzas técnicas y profesionales pasamos al empeño de elevar el nivel de cultura del pueblo, se ha de destacar, ante todo, el magno proyecto en ejecución de esas veinticinco mil escuelas primarias que han de cubrir en pocos años el lamentable déficit en que hasta ahora nos encontrábamos.

Van surgiendo también, al lado de las iniciativas oficiales y, a veces, en feliz hermandad con las mismas, otras muy notables de carácter privado. Además del progresivo desarrollo, por ejemplo, de las meritorias y ya tradicionales Escuelas Salesianas, ahí está en plena ejecución la obra "piloto" del Patronato de Enseñanza, promovido por el Sr. Obispo de Málaga; ahí

también, en la misma Andalucía, ese otro inspiradísimo Patronato de la Escuela del Magisterio y de las Escuelas Profesionales de Ubeda, con sus catorce centros de él dependientes en otras tantas localidades de la misma región. Y, en simetría con aquel otro plano superior de enseñanzas técnicas oficiales a que antes nos hemos referido, podemos alabar la feliz iniciativa de los Cursos de Organización y Dirección de Empresas (C. E. O. D. E.) de la Universidad de Deusto, la Escuela Superior de Técnicos de Empresa (E. S. T. E.) de San Sebastián, la sección de Directores de Empresa del Instituto Roma, de Madrid; los cursillos de Relaciones Humanas, organizados por Acción Social Patronal...

Las citas podrían alargarse, por fortuna, con otras muchas iniciativas menos conocidas de lo que merecen. No es necesario, sin embargo, para el comentario que nos hemos propuesto en este editorial, y que bien podría resumirse en estas palabras: Ningún problema español tiene hoy la urgencia, trascendencia y relativa facilidad que el de la reeducación religiosa, moral, humana y técnica de nuestro pueblo; ningún otro problema, ni siquiera de orden económico, puede resolverse bien si aquél no se resuelve; se impone, por consiguiente, formarnos conciencia individual y colectiva de tal prioridad y proseguir con empeño, con entusiasmo de cruzada y con la movilización de todos los recursos disponibles, el camino emprendido, todavía hasta ahora estrecho y fragmentario.

De la trascendencia de nuestro problema educativo en general, no habrá quien dude, al menos en la esfera de los principios. Queremos, sin embargo, subrayar una idea, no la más importante, pero quizá la más sugestiva en este ambiente actual, en todas partes contagiado de materialismo o utilitarismo económico. Si como precisamente dijo Bentham, el filósofo utilitario, "el trabajo es el origen real de toda riqueza", es obvio que cuanto contribuya a potenciar el trabajo del hombre, a hacerlo más racional, coordinado y productivo, contribuirá también de una manera fundamental a promover el desarrollo del bienestar humano. ¿Qué otra razón más influyente en el llamado "milagro alemán" que el concurso de la tenacidad, la

organización y la abnegación del trabajo de su pueblo? Cabe en consecuencia afirmar que, así como el desarrollo de ciertas industrias básicas promueve el de otras de transformación, continuadoras del ciclo productivo, es hoy la enseñanza técnica y profesional de tal importancia en la economía, que bien puede ser considerada como una industria no sólo básica, sino integradora y promotora en gran escala de la producción de bienes, en todos sus estadios, hasta la cumbre del proceso económico.

La urgencia de este problema de reeducación humana y técnica deriva del conjunto de circunstancias: universales unas, peculiares otras de la España actual.

Universal es la preocupación para lograr el equilibrio entre el hombre y la técnica, entre la formación tradicional y las exigencias modernas, entre la diversidad de razas y pueblos, civilizaciones y culturas, dentro de este inmenso y complejo proceso de mezcla y transformación rapidísima a que está sometida la humanidad de hoy, al impulso vital que se desborda en un crecimiento ingente de la población, trasplantada y volteada de una a otra parte del planeta con la fantástica facilidad de las comunicaciones, agitada por el despertar cada día de nuevas fuerzas y nuevos inventos.

Si esta carrera desbocada de la humanidad nos obligaría a correr en todo caso y a mirar siempre adelante para no estrellarnos ni quedar rezagados, los motivos se multiplican al considerar las condiciones singulares de España. No somos históricamente pueblo nuevo, sino muy viejo; y entrelazado vitalmente con el árbol frondoso y milenario de la civilización cristiana y occidental, que hunde sus raíces a través de las civilizaciones de Roma y Grecia, en la más noble y lejana tradición de los Pueblos de Oriente. Nuestras propias gestas y nuestra obra misionera y civilizadora constituyen un patrimonio espiritual y un legado de gloria que no podemos en modo alguno dilapidar ni desconocer. Pero, por otra parte, la historia y la tradición pesan; pueden dejar de ser maestras e inspiradoras de la vida nueva para convertirse en peso muerto y en fetiches de idolátrica y perezosa adoración.

Formidable y urgente es por eso la labor educativa de las nuevas generaciones, para que sintiéndose herederas de nuestras viejas virtudes, lejos de caer en colapso ante la dura realidad de nuestra pobreza actual y de las dificultades presentes, las afronten con decisión y valentía, dispuestas a proseguir con honor la historia de España, en las nuevas empresas que la cruzada por un mundo mejor también hoy les ofrece. Nuevas empresas que, sin dejar de ser grandes y nobles, han de presentar perspectivas y posibilidades muy diferentes de las pasadas, y exigir también virtudes nuevas, de apariencia asimismo más humilde que las del honor caballeresco y el valor militar, en consonancia con los modernos objetivos que se propongan. En este sentido, bien diferente de aquel peyorativo desacreditado por las doctrinas liberales, no iría mal insertar un poco en el hombre hispano, hidalgo y soñador, el "homo oeconomicus", humilde y laborioso, ahorrador y pacífico, hombre de empresa con iniciativa y espíritu de equipo, más calculador que amigo de querellas y litigios... Por fortuna, también en este orden hemos de saludar con optimismo la actuación de las nuevas generaciones de economistas, por tanto tiempo esperadas en nuestra Patria.

Y vengamos al tercer punto, el de la facilidad de esta tarea educativa y docente, que parece desmentida por nuestras propias consideraciones. Trátase tan sólo, en efecto, de una facilidad relativa, en comparación con otras empresas todavía más difíciles o francamente imposibles; pero no negamos que sea ardua en sí misma, ya que sin este reconocimiento no podrían nunca aprestarse los elementos y el esfuerzo necesario para llevarla a cabo.

No sabemos, por ejemplo, si llegaremos a encontrar petróleo en nuestro suelo; sabemos que no se regenerarán las minas de Riotinto; no podremos hacer jamás que nuestro viejo y esquilmo solar tenga la potencia productiva de las tierras vírgenes; será bien difícil lograr del extranjero, en condiciones favorables, el capital necesario para las grandes inversiones que se proyectan, etc., etc. Podemos, en cambio, continuar, perfeccionar y elevar a la categoría preferente a que tiene derecho la

labor docente general y técnica a que venimos refiriéndonos, ya comenzada en nuestra Patria.

Y no es que esta labor no exija también previos recursos económicos y costosas inversiones. Pero ni los capitales necesarios son tan ingentes como en otros órdenes de la producción industrial, ni llega nuestra pobreza al extremo de no poder aplicar a esta labor primaria los recursos que en mayor grado se emplean en obras menos urgentes, y aun de ostentación y de lujo alguna vez. Contamos, por otra parte, con lo más necesario: con una abundante cantera de hombres aptísimos para ser magníficamente labrados, como la historia y la experiencia presente nos demuestran, y con los equipos, iniciales al menos, dotados ya algunos de las modernas técnicas, para llevar adelante esa obra viva de escultores de hombres. Faltan, sin duda, todavía muchas cosas; multiplicar a millares, coordinar, elevar cuadros de mando e instituciones; pero ninguno de estos obstáculos es insuperable con entusiasmo y con constancia; entusiasmo que debe ser hijo de la convicción, y constancia que ha de alimentarse con la esperanza cierta del provecho, incluso económico volvemos a decir, que en esta empresa educativa, aparentemente desinteresada, se ventila. Todos nuestros demás proyectos, en cambio, de elevación de vida y de ambicioso bienestar material fracasarían si no se resolviera correlativamente ese problema de elevación técnica y humana. Ya se trate de aumento de la productividad en la agricultura o en la industria; ya del cambio de estructura de la empresa; del sindicalismo o de la corporación; de la distribución o redistribución de la renta; de las finanzas o de la política fiscal; de las migraciones o del mercado internacional, nos encontramos siempre con esa necesidad insoslayable de hombres aptamente formados.

La era de la automatización, que tantos esfuerzos físicos y tantas gotas de sudor está destinada a ahorrar a la humanidad, pide por el contrario menos hombres autómatas, en quienes resplandezca mejor su dominio sobre las cosas y su dignidad de hijos de Dios.

